

# Homilías Bautismo del Señor

## + Lectura del santo Evangelio según Marcos

*En aquel tiempo proclamaba Juan: - Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco ni agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.*

*Por entonces llegó Jesús desde Nazaret a Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán. Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma. Se oyó una voz del cielo: - Tú eres mi Hijo amado, mi preferido.*

## Palabra del Señor

### Homilías

#### (A)

Son pocos los cristianos que saben en qué día fueron bautizados, y menos aún los que lo celebran. Basta recordar la fecha de nacimiento y celebrar el cumpleaños.

Lo importante evidentemente no es recordar un rito, sino agradecer la fe que ha marcado nuestra vida ya desde niños y asumir con gozo renovado nuestra condición de creyentes. La fiesta del Bautismo del Señor que hoy celebramos puede ser una invitación a recordar nuestro propio bautismo y a reafirmarnos de manera más responsable en nuestra fe.

Tal vez lo primero que hemos de hacer es preguntarnos si la fe ocupa un lugar central en nuestra vida, o si todo se reduce a un añadido artificial del que podríamos prescindir sin grandes consecuencias.

Una pregunta clave sería ésta: ¿Es la fe la que orienta e inspira mi vida, o lo que verdaderamente me interesa y sostiene es

buscar el bienestar, disfrutar de la vida, las ocupaciones laborales y mis pequeños proyectos?

Por otra parte, la fe no es algo que se tiene, sino una relación viva y personal con Dios, que se va haciendo más honda y entrañable a lo largo de los años. Ser creyente, antes de creer algo, es creerle a alguien. Y concretamente si uno es cristiano, es creer a Jesús. Para abrirse a Dios no bastan los ritos externos, los rezos rutinarios o la confesión de los labios. Es necesario creer a Jesucristo, escuchar interiormente su Palabra, acoger su evangelio. ¿Abro alguna vez la Biblia? ¿Leo los evangelios? ¿Hago algo por conocer mejor la persona de Jesús y su mensaje? ¿Por qué después de escuchar tantas invitaciones de la Parroquia a participar en algún grupo de oración, de reflexión... no he ido nunca?

Y la fe no se vive de manera solitaria y privada, como algunos dicen para excusar su ausencia de la comunidad...

Es una equivocación pensar en la fe como una especie de «hobby» o afición personal. El creyente celebra, agradece, canta y disfruta su fe en el seno de una comunidad cristiana.

Si no esa fe termina por apagarse... Es muy significativo este relato:

*Un hombre, que regularmente asistía a las convocatorias de su parroquia, sin ningún aviso dejó de participar en las actividades. Después de algunas semanas, el párroco decidió visitarlo. Era una noche muy fría.*

*El sacerdote encontró al hombre en casa, solo, sentado delante de la chimenea, donde ardía un fuego brillante y acogedor.*

*Adivinando la razón de la visita, el hombre dio la bienvenida al sacerdote, lo condujo a una silla, cerca de la chimenea y allí se quedó...*

*Esperaba que el párroco comenzara a hablar.*

*Pero se hizo un grave silencio. Los dos hombres sólo contemplaban la danza de las llamas en torno de los troncos de leña que ardían.*

*Al cabo de algunos minutos, el clérigo examinó las brasas que se formaron y cuidadosamente seleccionó una de ellas, la más incandescente de todas, empujándola hacia un lado.*

*Volvió entonces a sentarse, permaneciendo silencioso e inmóvil. El anfitrión prestaba atención a todo, fascinado y quieto. Al poco rato, la llama de la brasa solitaria disminuyó, hasta que sólo hubo un brillo momentáneo y su fuego se apagó de una vez. En poco tiempo, lo que antes era una fiesta de calor y luz, ahora no pasaba de ser un negro, frío y muerto pedazo de carbón recubierto de una espesa capa de ceniza grisácea.*

*Ninguna palabra había sido dicha desde el protocolario saludo inicial entre los dos amigos.*

*El párroco, antes de prepararse para salir, manipuló nuevamente el carbón frío e inútil, colocándolo de nuevo en el medio del fuego. Casi inmediatamente se volvió a encender, alimentado por la luz y el calor de los carbones ardientes en torno de él.*

*Cuando el sacerdote alcanzó la puerta para partir, su anfitrión le dijo:*

*- Gracias Padre por la visita, y por sus palabras. ¡Que Dios, Padre, lo bendiga. Regresaré... ¡Nos veremos en la Parroquia!*

¿Yo no he renovar e intensificar más los lazos con la comunidad donde se alimenta y sostiene mi fe?

Todos los cristianos hemos de recordar que formamos parte de una llama y que lejos de la comunidad perdemos brillo...

Quien quiera conocer «el gozo de la fe» y experimentar la luz, la fuerza y el aliento que la fe puede introducir en la vida del ser humano ha de comenzar por estimularla, cuidarla y renovarla.

## **(B)**

Cuando un hombre es encontrado culpable de algo, casi instintivamente nace en nosotros un movimiento de distanciamiento, rechazo y hasta repulsa. Parece la reacción

normal de todo hombre que desea reafirmarse en la honestidad y rectitud de una conducta limpia.

Parece como que lo primero y quizás lo único que debemos hacer ante el culpable es separarnos de él, condenando su actuación y criticando su conducta. Tendemos a sentirnos más jueces que hermanos.

Sin embargo, quizás no es ésta la única postura ni siquiera la que más puede ayudar al hombre a rehacerse de su pecado, rehabilitarse y recuperar su dignidad perdida.

Con frecuencia, se han preguntado los creyentes por qué se hizo bautizar Jesús. Su gesto resulta sorprendente. Juan el Bautista predica “un bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados”. ¿Cómo pudo, entonces, Jesús, el hombre justo y sin pecado, realizar un gesto que lo podía confundir con el resto de los pecadores?

La respuesta es, quizás, bastante clara para aquél que conozca un poco de cerca la actuación de Jesús de Nazaret.

Uno de los datos mejor atestiguados sobre Jesús es su cercanía y su acogida a hombres y mujeres considerados como “pecadores” en la sociedad judía. Es sorprendente la fuerza con que Jesús condena el mal y la injusticia y, al mismo tiempo, la acogida que ofrece a los pecadores.

Comparte la misma mesa con pecadores públicos, a los que nunca un judío piadoso se hubiera acercado. Ofrece su amistad a los sectores más despreciados por las clases “selectas” de Israel. Llegan a llamarle con desprecio “amigo de pecadores”.

Y están en lo cierto. Jesús se acerca a los pecadores como amigo. No como moralista que busca el grado exacto de culpabilidad. Ni como juez que dicta sentencia condenatoria. Sino como hermano que ayuda a aquellos hombres a escuchar el perdón de Dios, encontrarse de nuevo con lo mejor de sí mismos y rehacer su vida.

El bautismo no es un gesto extraño en Jesús. Es el gesto de un hombre que, al escuchar la llamada del Bautista, desea

encontrarse cerca de los pecadores y solidarizarse con aquel movimiento de renovación que Juan pide al pueblo.

La denuncia firme del mal no está reñida con la cercanía al hombre caído. Cuántas veces esas personas que tan fácilmente condenamos, están necesitando más que nuestras críticas ligeras, una comprensión y una ayuda que les dé fuerza para renovar su vida.

### (C)

Son bastantes los hombres y mujeres que un día fueron bautizados por sus padres y hoy no sabrían definir exactamente cuál es su postura ante la fe.

Quizás la primera pregunta que surge en su interior es muy sencilla: ¿Para qué creer? ¿Cambia algo la vida el creer o no creer? ¿Sirve la fe realmente para algo?

Estas preguntas nacen de su propia experiencia. Son personas que poco a poco han arrinconado a Dios de su vida diaria. Hoy Dios ya no cuenta en absoluto para ellos a la hora de orientar y dar sentido a su vivir cotidiano.

Casi sin darse cuenta, un ateísmo práctico se ha ido instalando en el fondo de su ser. No les preocupa que Dios exista o deje de existir. Les parece todo ello un problema extraño que es mejor dejar de lado para asentar la vida sobre unas bases más realistas. Dios no les dice nada. Se han acostumbrado a vivir sin Él. No experimentan nostalgia o vacío alguno por su ausencia, han abandonado la fe y todo marcha en su vida tan bien o mejor que antes. ¿Para qué creer?

Esta pregunta sólo es posible cuando uno “ha sido bautizado con agua” pero no ha descubierto nunca qué significa “ser bautizado con el Espíritu de Jesús”. Cuando uno sigue pensando equivocadamente que tener fe es creer una serie de cosas enormemente extrañas que nada tienen que ver con la vida, y no ha vivido nunca la experiencia viva de Dios.

La experiencia de sentirse acogido por Él en medio de la soledad y el abandono, sentirse consolado en el dolor y la depresión, sentirse perdonado en el pecado y el peso de la culpabilidad, sentirse fortalecido en la impotencia y caducidad, sentirse impulsado a vivir, amar y crear vida en medio de la fragilidad.

¿Para qué creer? Para vivir la vida con más plenitud. Para situarlo todo en su verdadera perspectiva y dimensión. Para vivir incluso los acontecimientos más banales e insignificantes con más profundidad.

¿Para qué creer? Para atrevernos a ser más humanos hasta el final. Para no ahogar nuestro deseo de vida hasta el infinito. Para defender nuestra verdadera libertad sin rendir nuestro ser a cualquier ídolo esclavizador. Para permanecer abiertos a todo el amor, toda la verdad, toda la ternura que se puede encerrar en el ser. Para seguir trabajando nuestra propia conversión con fe. Para no perder la esperanza en el hombre y en la vida.

## (D)

Dice un autor (Henri Nouwen) en uno de sus escritos que los hombres y mujeres de hoy, seres llenos de miedos e inseguridad, necesitan más que nunca ser bendecidos. Los niños necesitan la bendición de sus padres y éstos necesitan la bendición de sus hijos.

El escritor recuerda con emoción la primera vez que, en una sinagoga de Nueva York, fue testigo de la bendición de un hijo judío por sus padres: “Hijo, te pase lo que te pase en la vida, tengas éxito o no, llegues a ser importante o no, goces de salud o no, recuerda siempre cuánto de aman tu padre y tu madre”.

El hombre contemporáneo ignora lo que es la bendición y el sentido profundo que encierra. Los padres ya no bendicen a sus hijos. Las bendiciones litúrgicas han perdido su sabor original. Ya no se sabe lo que es la bendición nupcial. Se ha olvidado que “bendecir” significa literalmente “hablar bien”, decir cosas

buenas de alguien. Y, sobre todo, decirle nuestro amor y nuestro deseo de que sea feliz.

Y, sin embargo, las personas necesitan oír cosas buenas. Hay entre nosotros demasiada condena. Son muchos los que se sienten maldecidos, más que bendecidos. Bastantes se maldicen incluso a sí mismos. Se sienten malos, inútiles, sin valor alguno. Bajo una aparente arrogancia se esconde con frecuencia un ser inseguro que, en el fondo, no se aprecia a sí mismo.

El problema de muchos no es si aman o no aman, si creen en Dios o no creen. Su problema radica en que no se aman a sí mismos. Y no es fácil desbloquear ese estado de cosas. Amarse a sí mismo cuando uno sabe cómo es, puede ser de las cosas más difíciles.

Lo que muchos necesitan escuchar hoy en el fondo de su ser es una palabra de bendición. Saber que son amados, a pesar de su mediocridad y sus errores, a pesar de tanto egoísmo inconfesable. Pero, ¿dónde está la bendición? ¿cómo puede estar uno seguro de que es amado?

Una de las mayores desgracias del cristianismo contemporáneo es haber olvidado, en buena parte, esta experiencia nuclear de la fe cristiana: “Yo soy amado, no porque soy bueno, santo y sin pecado, sino porque Dios es bueno, y me ama de manera incondicional y gratuita en Jesucristo”. Soy amado por Dios ahora mismo, tal como soy, antes de que empiece a cambiar.

Los evangelistas narran que Jesús, al ser bautizado por Juan, escuchó la bendición de Dios. “Tú eres mi Hijo amado”. También a nosotros nos alcanza esa bendición de Dios. Cada uno de nosotros puede escucharla en el fondo de su corazón: “Tú eres mi hijo amado”. Eso será también este año lo más importante. Cuando las cosas se te pongan difíciles y la vida te parezca un peso insoportable, recuerda siempre que eres amado con amor eterno.

**(E)**

## *La verdad de lo que no se ve*

Hay una historieta muy linda. Ignoro donde la leí, pero que se me quedó grabada por lo significativa. En unas Navidades, una niña quiso regalar algo a su padre. Pero, como era muy pobre, no tenía nada que regalarle. En la Nochebuena, la niña puso junto al arbolito de Navidad, una cajita bien presentada con papel regalo diciendo: “Para mi papi”.

Cuando el papá abrió la caja vio que estaba vacía. Enfadado, creyendo que le habían tomado el pelo, llamó a la niña y le dijo de mal humor: “esto no se hace, me has querido engañar como si fuese el día de Inocentes”. La niña se echó a llorar. El padre reaccionó y trató de consolarla

La niña le dijo: “Pero, papi, si la caja está llena de besos, era lo único que tenía para regalarte”. El pobre hombre se quedó pálido por la dulce inocencia de la hija y trató de disimular el asunto diciendo: “Ah, es verdad, está llena de besos, ahora los veo”. Desde entonces, el padre conservó aquella caja-regalo y cada vez que se sentía mal, la abría y pensaba en los besos de su hija.

Hay realidades que no se ven. Pero que siguen siendo realidades. ¿A caso todos nosotros no somos una especie de caja-regalo? Dentro llevamos algo que los ojos no ven. Pero que es una realidad tan real como la que nuestros ojos logran ver. Llevamos todos una “interioridad”. Nos creemos vacíos, pero, por nuestro Bautismo, por dentro estamos llenos, no sé si de los besos de Dios, creo que sí, porque estamos llenos de su Espíritu.

Lo que sucede es que estamos tan acostumbrados a lo material, que lo espiritual, la gracia, el amor de Dios que nos hizo hijos suyos, casi nos pasa desapercibido. Como que no nos enteramos de lo que acontece dentro de nosotros. Nos sentimos como una caja de regalo vacía, pero que en realidad está llena de los besos



y sueños divinos. Besos que, con frecuencia, solo quien nos los ha regalado los puede ver.

Además vivimos con tal rapidez y velocidad que pasamos por la vida, sin tiempo para mirarnos por dentro y poder contemplar el misterio de nuestra filiación divina. Por eso mismo, nos olvidamos de que llevamos un apellido que supera al apellido de nuestros padres. Ese apellido, regalo de nuestro Padre Dios, se llama "filiación divina".

¿Alguna vez has pensado y has creído que realmente llevas inscrito dentro, como grabada en el CD de tu corazón, una música y una voz que también a ti te sigue repitiendo: "Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto".

Con frecuencia vivimos más preocupados y hasta angustiados si "amaremos de verdad a Dios". Yo pienso que ese no es nuestro verdadero problema. Nuestro problema está en "sentirnos amados nosotros por El". Nosotros no somos los que le amamos primero sino que es El quien nos amó primero a nosotros. Y sólo quien cree en ese amor y quien ha experimentado el ser amado por El, es luego capaz de amarle de verdad.

Es una pena que caminemos por la vida contemplando siempre la piel de la vida y no logremos entrar dentro para ver cómo corre una savia nueva que llamamos "gracia bautismal". Una gracia que nos transforma y nos renueva y nos hace nuevos, diferentes. Por fuera, más o menos, todos somos iguales. Pero nuestra verdad camina por dentro.

En su Bautismo, Jesús se sintió impactado y marcado por su experiencia humana de su filiación divina. Y de alguna manera, su Bautismo, fue la señal y el comienzo del bautismo cristiano. El fue bautizado con agua. Pero El bautizará con Espíritu Santo. El Espíritu que nos hace los hijos amados de Dios. Si por la concepción somos fruto del amor de nuestros padres, por el Bautismo somos fruto del amor que Dios nos tiene.

No miremos solo hacia fuera. Dispongamos de un tiempo para mirarnos por dentro. Ahí está nuestra verdad, nuestra grandeza. Y ¿cómo no? Nuestra verdadera belleza. Puede haber cuerpos feos o al menos no tan bellos. Pero todas las almas son hermosas y bellas, porque por el Bautismo participan de la belleza misma de Dios nuestro Padre.

¡Cuántos viven acomplejados por su rostro! Recuerdo la anécdota de aquella Señorita que le decía a su Director Espiritual:

- “Padre, tengo algo que me da mucha vergüenza decirle”.
- Tranquila hija, ya nos conocemos. No tengas vergüenza.
- “Es que, Padre, me he mirado al espejo”.
- Eso no es ningún pecado, hija. Todos nos miramos al espejo.
- “Pero eso no es todo. Es que me he visto guapa”.
- Tampoco eso es pecado, hija, es un simple error del espejo.

El espejo nos puede engañar. Y nosotros nos podemos engañar mirándonos en el espejo que, por otra parte, es donde más nos miramos. Lo que realmente no puede engañarnos es el espejo de nuestro corazón donde, cuando nos miramos, en vez de nuestro rostro, contemplamos el rostro de Dios en nosotros.

**P. Juan Jáuregui Castelo**